

MARGUERITE DURAS.

PIA
LPS
PSICOIS. I
SEMINARIOS
Folio 275
3/F
IF 2

45
24

La población nocturna

Di a luz *El amante* a medianoche en junio del 84. Y luego hice la película y después el montaje y más tarde escribí *El dolor*; luego caí enferma. El día de la aparición de *El dolor* estaba en el hospital, Yann me trajo el artículo de Poirot-Delpech, yo estaba conectada al respirador artificial. Había perdido la razón una vez más, como en abril del 85. Casi mato a una joven enfermera. El guión era muy preciso: esa tarde, por una parte estaba Yann que había vuelto a la casa y a quien yo había dado mis anillos. Y por otra, había una joven enfermera nocturna por consejo de quien había dado mis anillos a Yann a fin de que no los robaran en el hospital como sucedía a menudo. Y a quien había dicho que ya estaba hecho, que esa noche Yann había vuelto a mi casa -donde vivía- con esos anillos. A medianoche, esta joven enfermera que debía ocuparse de mí, todavía no había venido. La esperé hasta las dos o tres de la mañana. Y luego llegó la locura, la evidencia irrefutable, definitiva: la joven enfermera había ido a la calle Saint-Benoit con sus supuestos colegas, para matar a Yann y robarle mis anillos.

Al amanecer, abrí la ventana de mi habitación y grité que me iban a matar, que hacía falta que alguien viniera. Nada se movió. Pero más tarde me dijeron que lo habían oído. Grité una vez más, supliqué, nada.

Por la mañana, cuando volvió la enfermera, yo estaba escondida detrás de una sábana con un cuchillo que había tomado de mi casa. Ella gritó, pidió ayuda. Yo también grité una vez más que estaba en peligro de muerte, que me estaban asesinando. Llegó un asistente. Quedó espantado. Saltó sobre mí, me arrancó el cuchillo, hiriéndome, por otra parte. Creo que fue a partir de allí que "supe" que había sido secuestrada por los supuestos "médicos" del hospital. Aparentemente, estuve diciéndoles durante horas como podían obtener un rescate, a quién telefonar, exigiendo una suma no muy elevada pero que debía corresponder a lo que yo valía en el mercado del crimen.

Todos estos delirios han sido olvidados pero lo que aún me sorprende es la lógica, el encadenamiento del crimen y los anillos. Yo estaba clavada por su evidencia.

En caso de una crisis de enfisema grave sucede esto: el cerebro se oxigena mal y entonces uno desvaría. La semana previa a mi internación habían tenido a un hombre joven que había arbitrado un partido de foot-ball durante toda una tarde. Le pusieron la bomba de oxígeno y el cuadro cesó por completo. Los doctores se reían mucho de estos delirios. En cuanto a mí, todavía me causan temor. Lo que a uno le cuentan de uno mismo, que uno ignora haber dicho o hecho, es muy horroroso. De los delirios alcohólicos durante la cura, me acuerdo muy poco. Los tuve en una especie de coma del que salía a veces durante algunos segundos. Por el contrario, recuerdo con claridad haber tenido visiones sobre la cura. Habían comenzado en el Hospital Americano.

India Song se había convertido en un barco. Me repito, pero bueno, mala suerte. La mujer del capitán vivía sobre el techo de enfrente, en una chimenea. Era rubia y rosada, con ojos azules. Sólo su cabeza asomaba por la chimenea. El capitán estaba a dos metros de ella en otra chimenea. Estaba en la misma situación que su mujer, atascado en la chimenea. Un día hubo viento y la cabeza de la mujer se rompió como si fuese de vidrio. Yo estaba escandalizada. Exactamente diez mil tortugas rodeaban el techo,

ordenadas como libros. Por la tarde recuperaban su lugar bajo las canaletas. Eran imágenes más claras que las reales, como iluminadas desde el interior. Faltaban varias horas para que las tortugas se dispusieran a pasar la noche, para que se deslizaran una al lado de la otra. Yo estaba escandalizada de que la naturaleza estuviese tan mal hecha. Ordenarse era para ellas tan arduo, tan duro, que muchas permanecían en su lugar durante todo el día.

Hay, entre estos "souvenirs", una especie de mandarín asiático en uniforme de gala azul bordado en oro, que recorría los pasillos del hospital, impasible, taciturno, espantoso, no se si en Laënnec o en el Hospital Americano, aparentemente nadie lo veía, tal vez no existía. En el Hospital Americano veía a Michael Richardson detrás de las ventanas cerradas sin cortinas de la casa de *India Song*, estaba allí entre plantas, lianas, sonreía y lloraba a la vez, prisionero de la historia, muy bello. En la puerta de la casa, estaba la famosa vaca negra de Abisinia, apoyada contra el muro, flaca y desgarrada, y a su lado, un gran asiento chino en rojo y oro, ambos semejantes a objetos abandonados y olvidados sobre una acera de Neuilly. Y algunas noches, estaba Michael Lonsdale, vestido de beduino, sonriéndome desde la esquina de un muro. De vuelta en mi casa, las más sorprendentes de estas visiones se producían por la noche. Desde el patio interior del inmueble y desde el dintel de las ventanas, llegaban cantos, coros y cuando miraba hacia allí había gente, grupos de gente diversa que venían todos a protegerme de la muerte —esto era una certeza—. Algunos tenían lanzas con cabezas ensartadas en la punta. Además, estas personas hablaban de alguien, un niño sin duda, que se llamaba "Gauthier", decían ellos, "el pequeño Gauthier". Recuerdo una frase gritada a medias con una ternura inolvidable, en la escalera, en plena noche, era así: "si ellos tocan al pequeño Gauthier, moriré".

Durante esta estancia, éramos varios los que habitábamos el departamento. En el baño, detrás del inodoro, había una mujer con un niño muerto en sus brazos, envuelto en apósitos blancos. A tal punto ella estaba allí, que al final ya no le prestaba atención. Había hombres, en número de cinco, que llegaban por la noche a la habitación de Yann. Esos eran *verdaderos* hombres que caminaban y hablaban. Sus cuerpos estaban rellenos de pelotitas muy ligeras, hechas de papel de diario abollonado. Había animales bajo mi mesa, y esos famosos enanos con cola de chanco que han sido llamados "lamies". Había también un busto de mujer, en terracota colorada, la República francesa, sobre el pequeño estante cerca de mi escritorio. Y sobre todo, este hombre que habitaba cerca de la habitación de Yann, terrorífico, que me espiaba. Vivía en una estridencia de llamadas telefónicas que no cesaba jamás. Había descubierto que la central telefónica que utilizaban mis enemigos estaba allí, en el patio, en una habitación de servicio en el sexto piso. El vecino de enfrente me había robado mi línea telefónica, estaba segura de eso, podía probarlo. Las llamadas telefónicas formaban un círculo alrededor de mi habitación y yo encontraba que esto no era normal. Lo más sorprendente seguían siendo las escenas que tenían lugar cada día dentro del departamento: ese perro muerto colgado detrás de mi radiador. Ese perro del que por otro lado y al mismo tiempo, no sabía si era un pájaro o un pato azul. Creía que permanecía sin dormir días y días. No tenía sueño. En cierto modo, no lograba despertarme de ningún sueño durante este periodo. Comenzó con ratas, animales. En plena noche, habían invadido todo. Yann escuchó un ruido estrepitoso: yo estaba con los zapatos puestos, aferraba un paraguas y cazaba las ratas, así comencé. Ah, me olvidaba: todo se representaba con el acompañamiento constante de óperas de Wagner. Y los aullidos de la policía alemana. Y después estaba eso que Yann retomó en *M.D.*, los grandes episodios de los Judíos fusilados ante mis ventanas. Y en el salón, esos Negros, esas mujeres... No puedo hacer el inventario de toda esa pululación. Si quisiera escribirlo en lugar de enumerarlo, diría: mientras que los

Negros y los Judíos prestaban juramento a los nazis en el salón, los amigos de mi doctor moldavo estaban en mi habitación, sentados sobre un canapé rojo que no estaba allí la víspera, estaban a punto de comprar mi departamento que el doctor moldavo me había robado y vendido. En todo este desorden, a lo largo de toda la jornada, varios gatos que sólo yo veía, atravesaban tranquilamente el departamento.

La realidad volvió bruscamente. Recuerdo muy bien un puré que me había hecho Michèle Manceau, a la nuez moscada. Lo devoré. Y fue a continuación que la escena empezó a despoblarse poquito a poco. La policía alemana abandonó las terrazas vecinas, los hombres de papel de lo de Yann también. Quedaba el hombre de la habitación de mi hijo, el de cabello gris, crespo, con la tez blanca, enharinada y con la mirada terrible, extraviada. A pesar de todo, quedaban algunos gatos. La última, la última cosa que quedaba, era, creo, Marianne, tal vez la más increíble, la más ridícula, con su tocado de Lorena, objeto deshonesto, patriótico —sabe Dios qué hacía allí— sobre el pequeño estante de mi pieza. Creía no haberlo visto jamás hasta hace justamente ocho días, estamos a comienzos de abril del 87, cuando advertí este busto de Marianne sobre una estufa en un departamento de la calle Bonaparte, algunas de cuyas ventanas dan a un patio común. Reconocí el de la visión, estaba sobre una estufa enmarcada por la ventana abierta. El doctor me había dicho que con el tiempo reencontraría todo. Que todos los objetos de mi delirio yo los había visto o vivido, que eran recuerdos reales. He encontrado sólo uno. Por las noches todavía suelo tener miedo de verlos reaparecer. Uno no puede creer que sea posible ver algo allí donde no hay nada. Es posible hasta las últimas consecuencias de la realidad. Es posible hasta el color de los ojos, de los cabellos, de la piel. Reconocía la música de Wagner que yo no conocía. Le dije a Yann, si esto continúa quince días más, me mato, no podré hacer otra cosa. ¿Por qué era tan insoportable, a tal punto insoportable que le quita a uno, día tras día, toda razón de vivir? Sin duda porque uno es el único que ve lo que ve, mientras que uno está habituado solamente a ser el único que piensa lo que piensa. De golpe el cerebro se lee, se ve, los pensamientos aparecen sobre una pantalla en letras grandes, y luego uno sabe que no le creen, incluso acerca de los gatos que intentaba “dejar pasar”, hablando en un tono bajo. Y luego uno sabe, además, que muy rápidamente eso se volverá insoportable para quienes lo aman a uno. El doctor había dicho que siempre debía haber mucha gente a mi alrededor, gente nueva, mucha. Pero tarde o temprano me veía obligada a volver sola a mi habitación y a encender la lámpara y a reencontrar los animales que ya se me habían adelantado, los chanchitos bajo la mesa y Marianne sobre la biblioteca. El doctor no me había prescrito ningún calmante; yo lo encontraba curioso y mi entorno también. Era necesario que toda esta población saliese de mí por sí misma, no solamente no había que impedirselo sino que tampoco había que presionarla para que lo hiciera. He olvidado decir esto: cuando le pedí a Yann que descolgara el perro muerto asesinado por los nazis, de atrás del radiador, le dije que lo tirara por la ventana, muy fuerte sobre los que pasaban, *para que ellos se dieran cuenta que habían asesinado Judíos*. Escuchaba los ruidos. Me pareció que él actuaba un poco rápido como para desenganchar el perro y arrojarlo por la ventana, pero eso no me hizo dudar de la realidad del perro muerto. Quien me hizo dudar, un día, fue Michelle Porte. Yo estaba en la cocina, ella colgó su abrigo en el perchero y vino a mi encuentro. Charlamos, le hablé de las visiones que tenía. Ella escuchaba, no decía nada. Le dije: “Creo en ellas pero no puedo convencer a los demás”. Agregué: “Dése vuelta, mire el bolsillo derecho de su abrigo. ¿Acaso no ve el perrito recién nacido, todo rosado, que asoma de él? Y bien, dicen que me equivocó”. Miró bien, se volvió hacia mí, me miró un largo rato y luego me dijo sin ninguna sonrisa, con la mayor gravedad: “Le juro Marguerite,

por lo que más quiero en el mundo, que no veo nada". No dijo que eso no existía, ella dijo: "No veo nada". Fue allí tal vez que la locura se redobló de cierta razón.

Y luego una noche, llamé a Yann para que echara al hombre del cabello crespo con el rostro entalcado de blanco que había llegado hasta la entrada, a dos metros de mi habitación. Escuché un aullido de cólera y Yann apareció fuera de sí, agotado -todas las noches era agredida por las "personas" que circulaban en el departamento y lo despertaba - él gritó: "es necesario que Ud. lo sepa, yo no veo nada, nada, ¿oyó? nada". Repetía: "no hay nada, nada, nada". Me puse delante de la puerta de mi habitación porque mientras que Yann gritaba, el hombre del pelo crespo había llegado junto a él y le supliqué a Yan que lo hiciera salir. Entonces Yann se calló.

El hombre del sobretodo negro no comprende nada de la escena. Da algunos pasos hacia Yann. Se detiene. Me mira todo el tiempo. Soy yo quien le interesa, pero hasta ese punto de pasión que la emoción le da una palidez absoluta, horrorosa. En su mirada hacia mí hay una indignación dolorosa: ¿cómo es que yo no lo miro, que no lloro, que me escapo? No comprende que yo no comprendo lo que quiere. Es como si fuese alguien que debería reconocer y que no reconozco. Incluso en este momento en el que escribo el texto, tres años después, puedo decir que aún me concierne. O bien me quiere llevar a otra parte, no forzosamente a la muerte, o bien está allí para recordarme una pertenencia milenaria, destruida y que no obstante ha sido mi razón de ser desde mi nacimiento. El es o un Judío o mi padre. O todavía otra cosa más. Alguien distinto indefinidamente. Su identidad permanece fija. No ha cambiado desde hace quince días. Vive en mi casa. Desde hace quince días vive en la piecita que da a la calle. Tiene unos ojos muy azules, pequeños y el cabello muy crespo como proveniente de otro mundo, en algunas partes negro, en otras blanco, como proveniente de otra época. Sí, él sabe alguna cosa sobre mí que yo no logro saber. No es algo que haya olvidado, es algo que debo saber. En este momento él está allí, como eje, mezclado a las otras visiones. Las otras visiones giran alrededor de mi vida, alrededor de él, el amo. No comprende por qué le temo. Ve que tengo miedo pero no sabe que es a él a quien temo. Sigo aullándole a Yann que lo eche, que lo eche. Descubro algo enorme: no comprende el francés. No comprende lo que lo le digo a Yann. Tiene una boca ligeramente malva, sellada. No habla nada, no ha dicho una sola palabra desde hace quince días. No debe tener que decir acerca de por qué me espera. Si no lo comprendo, es porque no quiero comprenderlo. En cuanto a él, cree que es posible que yo no lo sepa. Ahora bien, yo no puedo saberlo. Su mirada se mantiene recta y pura hasta el final: debo comprender. Y esto no es posible. Yann fue hasta la puerta del departamento. Volví a mi habitación para no ver. Yann abrió la puerta y la cerró. Me dijo: "Puede venir, ha partido". En efecto, había partido. Lloré largo rato en los brazos de Yann.

Jamás le hablé a nadie de él hasta estos días. Es como si se hubiese producido entre él y yo algo así como el comienzo de una inteligencia común que habría durado algunos segundos. Recuerdo con precisión el sentimiento, muy lejano por cierto, de una especie de culpabilidad que experimentaba tras su partida, cuando Yann y yo nos encontramos solos, a saber, que yo debería haberle hablado, haberle explicado que yo no podía actuar de otro modo porque no comprendía lo que quería de mí.

Marguerite Duras, *La Vie matérielle*.

Traducción de Gastón Piazzé, para circulación interna de la Cátedra de Psicopatología I